mayor por su mayor dignidad, así había de ser su castigo más riguroso que el de la gente plebeya. Éstas son las culpas que castigaba este rey con este rigor dicho, y en otras que se cometían en la república, se había con más misericordia.

Era hombre piadoso con los pobres, enfermos, viudas y viejos; y muchas de sus rentas mandaba gastar en dar de comer y de vestir a los necesitados, en especial los años estériles; y se dice de su mucha clemencia, que en semejantes años no se sentaba jamás a comer hasta que ya todos los pobres habían comido. Si ésta es magnificencia de príncipe piadoso díganlo los que lo leyeren, que yo digo que ningún padre es más amoroso con sus hijos que mucho quiere; pues no hace más en la hambre que padecen que Nezahualcoyotl hizo con sus pobres y necesitados hijos en sus mayores necesidades. Y porque los caminantes tuviesen algún refrigerio (si acaso iban desproveídos de viandas) mandó, que por todos los caminos y sendas a un lado y a otro, que se sembrase maíz y las otras semillas comestibles de que usaban; y esto hizo porque había pena de muerte, que ninguno entrase en sembrado ajeno y incurría en ella aunque fuese por solas siete mazorcas de maíz que tomase; y por excusar a los pobres de esta pena ordenó en sus reinos lo dicho.

CAPÍTULO LIII. *De las rentas y gasto de casa que tenía el rey Nezahualcoyotl de Tetzcuco; y del concierto de sus audiencias y república, que es mucho de notar*

UNQUE EL REY NEZAHUALCOYOTL mostraba la grandeza de su estado en el mucho valor de su persona y en la estimación de su ánimo, con que no sólo era de todos estimado, pero muy puntualmente obedecido, no fue menos en el gasto de su casa, así para su persona, como para hacer hospicio ordinario a todos los que servían en su palacio y otros muchísimos señores que comían en su casa cada día, en cuyo servicio se gastaban cada año de sólo maíz cuatro millones y novecientos mil y trescientas fanegas (número por cierto harto excesivo y aun increíble, si para haberlo de escribir no tuviera en mi poder la cuenta cierta de esta verdad, escrita en los libros de su gasto y autorizada por un nieto suyo, que después de cristiano se llamó don Antonio Pimentel). De cacao (que es la almendra que se bebe) se gastaban dos millones y setecientos y cuarenta y cuatro mil. De gallinas y gallos, que en Castilla se llaman pavos de las Indias, de siete a ocho mil, sin otras muchas carnes de venado, conejos, liebres, codornices y otras aves y animales que comían. Tres mil y doscientas fanegas de chile y tomate, que es la especia con que guisaban la comida. De otro chile más pequeño y muy picante (que llaman chiltecpin) doscientas y cuarenta fanegas; mil y seiscientos panes de sal, que son de el tamaño de una hogaza de pan de Castilla; chía, frijol y otras muchas le-

gumbres, en tanta abundancia que parece patraña y mentira; pero al que lo leyere certifico que no es de las que en común lenguaje llaman de las Indias; porque aunque es verdad que algunos mentirán, yo me precio de decir verdad en lo que escribo y hiciera alevemente si no la dijera, pues no es libro de caballerías éste, donde se toma licencia para sacar de quicios las cosas y aun para mentir en todo, sino historia donde todo lo que digo es verdadero y digno de toda fe humana.

Para tanto gasto como este poderoso rey tenía, había muchos pueblos que lo trabajaban y no acudían a otra cosa más que a servir al palacio y casa real, los cuales eran veinte y nueve que se repartían de esta manera. Los catorce que eran Tetzcuco, Huexotla, Cohuatlichan, Chiauhtla, Tezonyucan, Papalotlan, Tepetlaoztoc, Acolman, Tepechpan, Chiauhtla, Xaltocan, Chimalhuacan, Itztapalocan y Cohuatepec servían medio año, que en nuestra cuenta eran seis meses y en la suya nueve (porque era de veinte días su mes). Los otros nueve meses, que era el otro medio año suyo, servían los otros quince pueblos, dedicados para solo este servicio, que son Otumpa, Teotihuacan, Aztaquemecan, Cempohualan, Axapuchco, Tlalanappan, Tepepulco, Tizayucan, Ahuatepec, Oztoticpac, Quauhtlatzinco, Coyoac, Oztotlatlauhcan, Achichillacachocan y Tetliztacan; éstos traían leña, carbón, esteras y todas las demás cosas pertenecientes al servicio de la casa real; barrían, traían agua y estaban a todas las cosas que se les mandaban. Era tanta la leña que entre día y noche se gastaba que parece un muy grande exceso, porque siempre ardía fuego en todas las salas y en grande abundancia, y éstos hacían las sementeras, y todos daban maíz y no se ocupaban en otra cosa, aunque de todas las otras provincias sujetas a este reino daban también mucha parte del maíz que se gastaba.

Había de todas las provincias de la sierra (como era Tulantzinco, Xicotepec, Quauhchinanco, Pahuatlan, Tlacuiloltepec, Papaloticpac y otros pueblos muy grandes y cuantiosos) muchos señores y capitanes que asistían en su corte y tenían salas particulares en el palacio, donde estaban de día, para todas las cosas que se ofrecían, así de la guerra como de las pertenecientes al buen gobierno de sus repúblicas. Tenía en todas estas partes mayordomos (que llaman calpixques) los cuales tenían cuenta de las rentas reales (como decimos en otra parte, en común de los reyes de Mexico y Tetzcuco) y los pueblos donde asistían los sustentaban a su costa, y en todos estos pueblos dichos había casas de comunidad donde le recogían todos los tributos y cosas del servicio del rey, y éstas eran casas reales donde no vivían sino los que eran ministros suyos y eran diputados para cuando el rey fuese a los dichos pueblos si alguna vez se le ofreciese.

Los mancebos que aún no llegaban a edad de tributar las cosas que los demás de este reino y provincias tributaban, tenían por oficio traer leña de encina a palacio, y la tasa determinada de esta gente moza eran ochocientas brazas en cada pueblo (porque eran todos tan grandes y tan llenos de gente que todo esto podían los mancebos y mucho más los tlamacazques, que eran del servicio de los templos). Tenían obligación de ir al monte por acxayatl y púas que eran con que se punzaban sus carnes y sacaban

sangre en presencia de los ídolos los que se sacrificaban (como decimos en otra parte); traían tinta para entintarse los cuerpos, ocote, uteayauhtli, cortezas de pino para el fuego y copos de nequén y cuatrocientas brazas de rajas de leña; y esto era una manera de tributo con que se reconocían por menores en la república. Los mancebos de Tulantzinco acudían con esteras, que llaman petates, con sillas bajas (que son icpales), con ocotexolotl, coas y tinta para los embijes, xochiocotzotl, que es de liquidámbar en pan, acayetl, que son cañas de sahumerio cuyo humo chupan estas gentes; y la liquidámbar verde u líquida en vasos. El oro, que se le daba en tejuelos y labrado en rodelas y otras cosas de mucha curiosidad y gala, era mucho y muchas las cosas de pluma que le tributaban. Las mantas de algodón y pluma, entre todas, así blancas como labradas y tejidas con pelo de conejo y otras invenciones, pasaban de nueve millones.

El concierto de sus audiencias y consejos era muy grande y en todo muy puntual, porque jamás faltaban de su asistencia en sus salas, oyendo las causas, según a cada tribunal pertenecían. Despachábanse los negocios con gran presteza y cuidado, sin las dilaciones que en algunas partes se acostumbra; porque, como en estas audiencias indianas no había interés de dinero (porque todos los oficiales de ellas comían a costa del rey) así tampoco no detenían los pleitos, sino que luego se concluían, citadas las partes y oídos todos y todas sus alegaciones; y los casos más graves y que parecían dificultosos, si se diferían más de lo que era el tiempo ordinario, no pasaban al menos de ochenta días, porque de ochenta en ochenta días tenían audiencia general, que la llamaban napualtlatolli, como decir palabra ochentena, que era día en el cual se juntaban todos los de la ciudad y los asistentes de todas las provincias con todo el pueblo, así nobles como comunes y plebeyos, y allí oían todas las causas rezagadas que no habían podido tener conclusión en las audiencias ordinarias; aquí se trataba del gobierno común de la ciudad, de los tributos reales, de las cosas dificultosas de la guerra, del servicio personal y otras cosas a este tono; aquí se castigaban las culpas de los delincuentes, así graves como leves. Si alguno merecía muerte (así de los nobles como de los plebeyos) aquí se la daban en presencia de infinito gentío que concurría al acto. Ninguna causa quedaba por determinar este día. De manera que para lo por venir comenzaban otras de nuevo, que la que más duraba era hasta el ochenteno día siguiente, porque allí se había de acabar sin pasar adelante; de manera que esta audiencia general era en su cuenta de cuatro en cuatro meses, por ser sus meses de veinte días y no de treinta como los nuestros (como en otra parte decimos).

Tenía este prudentísimo rey mucha y muy grande vigilancia en las cosas de la guerra, y para las que eran de particular gobierno no se descuidaba. Y porque los mensajeros que se despachaban a diversas partes de sus reinos y otras provincias fuesen más secretamente (mayormente en negocios de importancia), tenía hecha por debajo de tierra una cueva que comenzaba en su proprio palacio, y iba a salir a una parte secreta fuera de todo el pueblo, por donde sin ser vistos de nadie eran despachados, y con esta pre-

vención no había alborotos en los que con nombre de vulgo luego se alteran a cualquiera entrada o salida de algún correo en las ciudades. Si ésta fue astucia de prudentísimo rey díganlo los hombres de juicio, que yo digo que no lo he leído en ninguna historia de cuantas he alcanzado de rey ninguno del mundo; y de esta manera procedía Nezahualcoyotl con muy grande secreto en todas sus embajadas y misiones.

CAPÍTULO LIV. *De la muerte del rey de Mexico Motecuhzuma Ilhuicamina, y de lo que dejó ordenado acerca de la elección de nuevo rey*

L REY MOTECUHZUMA PRIMERO DE ESTE NOMBRE, llamado también Ilhuicamina (como dejamos dicho), gobernó veinte y nueve años y conquistó y sujetó a su imperio, en compañía del rey de Tetzcuco, Nezahualcoyotl y de el de Tlacupa, Totiquihuatzin, muchas y muy grandes provincias (como dejamos dicho), y así se hizo rey poderoso y muy temido de sus contrarios. A los principios de su reinado, como fue creciendo en poder, así también en autoridad de su persona. Puso su casa con grande majestad, nombrando muchos y diversos oficiales y servíase con grandes ceremonias y aparato. Fue muy cultor de sus ídolos y amplió el número de ministros, instituyendo algunas otras y nuevas ceremonias, como otro Numa Pompilio en Roma; mostró grande cuidado en la observancia y guarda de su idolatría, ley y superstición diabólica y vana; edificó un muy gran templo a su dios Huitzilopuchtli y ofreció innumerables sacrificios en su dedicación, así de hombres como de otras cosas que para este fin se habían reservado. Finalmente, gozando grande prosperidad de su imperio, adoleció, y como otro Alejandro, según se dice en el primero de los *Macabeos*,[1] conoció que se moría, por lo cual mandó llamar a los mayores de su corte; y estando todos juntos hízoles un largo y muy paternal razonamiento, en el cual les encomendó el amor y fraternidad que debían tener unos con otros. Y en lo que tocaba al rey que le había de suceder, dijo que quedaban tres hermanos muy dignos del imperio, los cuales eran Tizoc, Axayacatl y Ahuitzotl; pero que aunque le pudiera venir bien a Tizoc el reinado, por ser el mayor de los tres, le parecía que Ahuitzotl se le antepusiese por haberse mostrado muy valiente y animoso en las guerras, primero que sus dos hermanos, y que por esto le hacía merced de sus armas, por parecerle que las merecía mejor que otro (favor grande que le hizo y aun casi parecido al que Matatías hizo a su hijo Judas, que quedando otro mayor le encomendó la gente del pueblo que le había seguido, pareciéndole ser el que mejor podría capitanearlos).[2] Y habiendo dado Motecuhzuma su parecer, de que Axayacatl le sucediese en el reinado, dijo que por muerte

[1] 1. Mach. 1.
[2] 1. Mach. 2.